

Querida Alicia:

Me dicen que quizá esta carta no te llegue, ya que los comunistas la harán pedazos, pero al mirar nuestra fotografía en la playa de Varadero, he sentido la necesidad de escribirte de todas formas. La miro todas las noches y recuerdo cómo era la vida cuando estaba viva. Éste no es mi lugar y cada mañana, cuando me despierto y veo que sigo aquí, siento deseos de cerrar los ojos y dormirme para siempre.

Ahora lo único que tengo son recuerdos. Los amo y los odio a la vez por lo que me hacen. Los amo, porque cuando me pierdo en ellos, se me pasa durante un rato el doloroso vacío que siento en el corazón. Los odio porque son tan hermosos que me inducen a creer que estoy realmente en casa y luego tengo que volver a marcharme.

Ojalá estuviera contigo. Ojalá hiciéramos las maletas para volver a Varadero ahora mismo, sin otra preocupación en la cabeza que la de si lloverá o no antes del mediodía...

LA HABANA

# 1

Lo que más me gusta es el calor, el calor que se extiende por todo mi cuerpo hasta las yemas de los dedos haciéndome sentir como si fuera parte del sol, como si creciera en mi interior. ¿Has visto alguna vez el océano cuando está liso y plano como un espejo o se arremolina sobre la orilla con un suspiro? Si conocieras mi país, sabrías que el mar puede ser muchas cosas: fiel y azul como el cielo en un momento, y al siguiente, una turquesa que titila rutilante hasta hacerte creer que el sol se esconde bajo las olas.

A menudo me acerco al borde del agua, hundo los dedos de los pies en la arena húmeda y contemplo la fantasmagórica línea gris del horizonte que separa el cielo del mar. Entorno un poco los ojos hasta que ya no distingo con claridad cuál es cuál y me siento como si flotara en un universo verde azulado. Soy un pez y luego un pájaro. Soy una sirena dorada de larga cabellera ondulante que se pierde en el viento. Con un coletazo regreso al mar y exploro las orillas de otras tierras, pero ¿cómo abandonar este lugar que serena mi alma como una plegaria?

Mejor quedarse y tumbarse sobre una manta de fina arena blanca, observando las palmeras durante horas, como hacemos nosotras. Las palmeras se balancean bajo la brisa marina y yo dormito al runrún del parloteo de mi prima Alicia. Apenas tiene un año más que yo, de hecho, durante trece días al año, somos exactamente de la misma edad, pero no sé por qué, parece mayor y más sabia. Tal vez sea porque está muy segura de lo que quiere. No tiene la menor duda de que prefiere el helado de mango al de coco y su número preferido es el nueve porque nosotras tenemos

nueve años, y si el nueve fuera una persona, sería una mujer espectacular, una bella corista de piernas largas y contoneantes caderas. En cambio yo, no sé nunca si elegir el helado de mango o el de coco, y si añadido el de papaya, estoy completamente perdida.

Alicia alza la vista hacia el sol entrecerrando los ojos, que a veces son dorados y a veces verdes, y me dice lo que ve.

—Mira cómo mueve el viento las palmeras.

—Lo veo —respondo yo.

—Barren las nubes con sus grandes hojas y así puedo mirar el cielo directamente y ver a Dios.

—¿Ves a Dios? —pregunto.

—Si le miro, desde luego que le veo. Y entonces, le pido lo que quiero y Él me lo da.

Aparto la vista de las palmeras ondulantes para examinar el rostro de Alicia. A veces le gusta gastar bromas y no me dice la verdad hasta que está segura de haberme engañado. Pero sus hoyuelos me avisan cuando esconde una sonrisa. Ahora empiezan a dibujarse.

—Dime la verdad —digo, dándole un codazo.

—Te la estoy diciendo. —Alicia abre los ojos como platos y mira al sol directamente y luego los cierra con fuerza hasta que le caen unas lágrimas diminutas. Se da la vuelta para mirarme con los ojos centelleantes y los labios curvados en una sonrisa triunfal.

—Le he visto.

—¿Qué le has pedido?

—Si te lo digo, no me lo dará.

Yo también vuelvo la cara hacia el sol y trato de abrir los ojos tanto como Alicia, pero no puedo mantenerlos abiertos ni medio segundo, y desde luego no veo a Dios, ni siquiera veo la punta del ala de un ángel. Llego a la conclusión de que los ojos marrones no son tan receptivos a las maravillas celestiales como sus magníficos ojos dorados.

Alicia se incorpora de repente y me mira, tapándome el sol.

—¿Qué has pedido?

—¿No decías que no se puede contar? —protesto yo, sin querer admitir que he fracasado.

Ella vuelve a tumbarse en la arena y el sol nos baña de nuevo completamente. Pronto tendremos que volver para comer. Estas horas matinales en la playa pasan muy rápido. Yo esperaba tener oportunidad de ir a nadar, pero no nos permiten pasar de donde el agua nos llega hasta las rodillas sin que haya un adulto de confianza para vigilarnos. Desde que hace tres años un niño se ahogó en la playa de Varadero, se nos impuso esta regla y no hay modo de cambiarla.

—Quiero ir a nadar —digo.

Alicia se vuelve hacia el océano. Vemos las olas que lamen la blanca línea sinuosa de la playa y sabemos que el agua está caliente. Flotaríamos con facilidad en las aguas tranquilas y quizá aprenderíamos incluso a nadar como los adultos, moviendo los brazos regularmente como aspas de molino. Y quizá el abuelo Antonio, sin duda el mejor nadador de toda Cuba, vendría con nosotras y nos turnaríamos para ir mar adentro cabalgando sanas y salvas sobre sus hombros.

—¡Vamos! —exclama Alicia y nos ponemos de pie de un salto para echar a correr a toda prisa, dejando una estela de arena blanca flotando a nuestra espalda.

★

Todas las habitaciones de la gran casa de mi abuelo en Varadero daban al mar y el comedor no era una excepción. La abuela tenía las ventanas abiertas casi siempre porque creía que el aire fresco era la mejor defensa contra las numerosas enfermedades que la inquietaban. La brisa marina hacía ondear las cortinas de encaje mientras el abuelo bendecía la mesa. No se nos permitía levantar la cabeza y coger el tenedor hasta que lo hacía él.

Yo tenía la suerte de estar sentada cerca de las bananas fritas, mi plato favorito, y de tener a Alicia a mi lado. En casa, nuestros padres nos conocían bien y siempre nos separaban para que no nos pusiéramos a hablar y reír en lugar de aprender modales en la mesa. Parecía que a mami le preocupara más el tenedor que usaba para la ensalada que los deberes de la escuela.

A los abuelos les divertían nuestras gracias casi siempre y se reían de lo que nuestros padres llamaban «payasadas».

—Fíjate en lo morena que estás —dijo la abuela al ofrecerme un gran cuenco de esponjoso arroz amarillo—. La gente va a pensar que eres una mulata, cuando en realidad tu sangre es española. —Tener la sangre española era también muy importante, más aún que los buenos modales.

Me serví una generosa porción de arroz.

—Mirad a Alicia. Está casi tan morena como yo —espeté.

—Alicia es española de los pies a la cabeza —dijo la abuela—. Con esos ojos y ese pelo tan claros, no cabe duda de su herencia. Puede ponerse tan negra como un dátil maduro y seguirá pareciendo española.

En aquellos momentos, lo único que me impedía envidiar a Alicia por la superioridad de su aspecto era que ella siempre acudía en mi ayuda.

—Creo que Nora está muy guapa, como una princesa tropical —dijo.

—Eso es, abuela. Parezco una princesa tropical.

El abuelo se echó a reír. Como él había nacido en España, era más español que nadie, pero a él no le importaba tanto como a la abuela de dónde era la gente ni quiénes eran sus padres. Y aunque jamás alardeaba de ello, todo el mundo sabía que era un español auténtico por su acento y por su elocuente forma de hablar, tan distinta del brusco estilo cubano.

—¿Le importaría a la princesa pasarme las bananas antes de comérselas todas? —preguntó, con una leve inclinación de cabeza.

Por la tarde, después de la preceptiva siesta, convencimos al abuelo fácilmente para que viniera a la playa y siguiera enseñándonos a nadar. Le había prometido a papi que aprendería a nadar bien durante aquella semana de vacaciones, pero no había mejorado gran cosa.

—Pasáis demasiado tiempo jugando y muy poco practicando —afirmó el abuelo cuando estábamos los tres en la playa. Llevaba un bañador azul marino y una guayabera blanca perfectamente planchada por la abuela aquella mañana.

Alicia y yo íbamos cogidas de sus grandes manos, cada una a un lado, y contemplábamos el sereno mar. Juntos entramos en el agua y notamos su caricia en los pies. Nos aventuramos más adentro y la manta sedosa nos llegó a las rodillas y luego a la cintura, pero aún veíamos claramente los dedos de nuestros pies retorciéndose en la arena.

Alicia y yo esperábamos en silencio y nerviosas a que el abuelo nos diera instrucciones para empezar. Tal vez nos haría flotar de espaldas como solía. Tal vez practicaríamos moviendo los pies con la cabeza bajo el agua, mientras él nos ponía a prueba, llevándonos de las manos, que se agitaban buscándolo desesperadamente, cuando se atrevía a soltarlas. O nos sumergiríamos en aguas más profundas aferradas a su cuello, riendo y escupiendo cuando emergía para coger aire. «¡No bajes tanto, abuelo!», gritaríamos, esperando a pesar de todo que bajara un poco más.

Pero él señaló la plataforma que flotaba a unos cien metros de la orilla.

—¿Veis aquello?

Alicia y yo conocíamos bien la plataforma. Era el famoso lugar hasta el que tenían que llegar nadando el padre de ella y el mío cuando eran niños, para ser declarados auténticos nadadores y que se les permitiera bañarse en el océano sin supervisión de ningún adulto. Habíamos oído la historia un millón de veces. Al despedirnos de nuestros padres, nos habíamos jactado de que al final de la semana Alicia y yo también habríamos conquistado la plataforma.

La mayoría de los días había niños mayores bañándose allí, zambulléndose, encaramándose de nuevo fácilmente sobre la plataforma y volviendo a saltar desde ella como focas felices y ruidosas, pero aquella tarde, la plataforma se balanceaba en el agua sin un alma encima de ella. De hecho, la playa entera estaba vacía, salvo por una pareja cogida de la mano en la distancia. Todo el mundo parecía estar descansando todavía después de comer.

—Bueno, qué, ¿lo veis? —volvió a preguntar el abuelo, sin dejar de señalar.

Noté que las mariposas empezaban a revolotear en mi estómago.

—Sí, lo veo.

Detecté también un ligero temblor en la voz de Alicia.

El abuelo nos apretó la mano.

—Hoy vais a ir nadando hasta allí vosotras solas. ¿Quién quiere ser la primera?

Ninguna de las dos contestó.

—¿Cómo? ¿Ninguna quiere ser la primera? —El abuelo nos sonrió y luego dijo, con una exagerada expresión de preocupación y sorpresa, ¿no tendréis miedo?

—Creo que yo tengo un poco de miedo —confesé. Alicia alzó el mentón.

—Yo no. Seré la primera.

—¡Esta es mi chica! —El abuelo me soltó la mano y aupó a Alicia como si hubiera ganado un combate de boxeo.

—Ahora sígueme y trata de mover los brazos de esta forma al mismo tiempo que mueves los pies. —El abuelo hizo girar los brazos y Alicia le imitó lo mejor que pudo, mientras yo permanecía con los brazos pegados a los costados, consciente de que aquella lección no era para mí. El abuelo se quitó la guayabera, pasándosela por la cabeza, la arrojó a la arena, y se zambulló suavemente en el mar sin apenas salpicar. Tres o cuatro movimientos de sus fornidos brazos y, en un momento, se encaramaba a la plataforma y agitaba la mano desde allí indicando a Alicia que lo siguiera.

Alicia empezó dándose un golpetazo en la barriga, más que zambulléndose, pero el abuelo la vitoreó de todas formas. Su cabeza se hundía y reaparecía con movimientos espasmódicos mientras nadaba lentamente, pero sin detenerse, en dirección a la plataforma. Trataba de girar los brazos por encima de la cabeza, como le había enseñado el abuelo, pero empezó a fallar y acabó retomando su estilo perruno, menos elegante pero más fiable. Jamás había llegado tan lejos nadando sin parar, pero siguió más allá del punto en que el agua pasaba de un verde claro a un inquietante azul oscuro. Y el abuelo seguía animándola, de pie en el borde mismo de la plataforma, alargando las manos hacia ella, incluso

cuando estaba demasiado lejos para alcanzarla. Cuando Alicia llegó por fin cerca de la plataforma, tenía el cuello rígido por la tensión y apenas avanzaba. El abuelo la agarró por los brazos y la sacó del agua sin esfuerzo. Alicia se dejó caer sobre la plataforma con un golpe sordo, jadeando, riendo y apretándose los costados. Cuando recobró el resuello, se levantó, triunfante y reluciente: era una auténtica nadadora.

—Vamos, Nora —me gritó—. Puedes hacerlo.

El abuelo volvió su atención hacia mí, ahora que Alicia ya había superado la prueba. Quería estar doblemente orgulloso.

—No te lo pienses más. Tú lánzate al agua como tu prima.

Me parecían muy lejanos sobre aquella plataforma para campeones, pero veía sus sonrisas incluso desde donde estaba. Creían en mí. Sabían que yo también podía hacerlo.

Me sumergí en el agua y noté el calor que, por primera vez, no consiguió tranquilizarme. Empecé a patear y a abrirme camino con mi animoso estilo perruno. De pronto, el agua me pareció espesa como la gelatina y me inundó los oídos, la nariz y la boca, embotando mis sentidos de un modo extraño. Llené mis pulmones de aire seco con mucho esfuerzo entre tragos de agua salada, oyendo los gritos de aliento que rompían la monotonía de mi dificultosa respiración. Miré hacia mi meta y los vi sonriéndome y agitando los brazos como posesos con el brillante cielo azul de fondo. Ciega y sorda, traté desesperadamente de encontrar el ritmo adecuado de brazos y piernas que me impulsara hacia delante. Tenía que conseguirlo. Tenía que demostrar que yo también podía hacerlo.

Escuchando sus gritos, alargando los brazos hacia las manazas del abuelo, que tenían que estar a unos centímetros apenas, volví a mirarlos, pero ellos seguían agitando los brazos, tan lejanos como antes. ¿Sería posible que en realidad me estuviera alejando de ellos?

Bajé los pies. Si alcanzaba el fondo arenoso, tal vez podría impulsarme hacia arriba y respirar bien, pero el agua me cubría mucho más de lo que pensaba. De repente comprendí que ya no necesitaba avanzar, sino subir. Subir hacia el sol que era un borrón de luz

acuosa, hacia los pájaros que volaban en círculos sobre mí, contemplando mis torpes esfuerzos por mantenerme a flote, pues incluso los pájaros sabían que lo que yo hacía no era nadar.

No sé bien cómo conseguí sacar la nariz y la boca por encima del agua una última vez, pero la manta sedosa me cubrió la cabeza y desaparecieron los sonidos, el cielo, la brisa, hasta que sólo oí el zumbido del agua en mi cabeza mientras me hundía en las tranquilas aguas azules. Estaban oscuras y frías, y sólo había unas burbujas blancas girando a mi alrededor.

★

Desperté tumbada en la arena con el sol de la tarde dándome de lleno. Noté que mi pecho subía y bajaba espasmódicamente, pero cuando traté de respirar hondo, tosí agua de mar en cantidad suficiente para llenar una jarra grande. Tenía la cara del abuelo muy cerca de la mía y olía el dulce aroma a cigarro en su aliento. Alicia estaba acucillada a su lado, pero él la apartaba de mí con un brazo protector. Vi sus labios moverse, pero todo era silencio. Por fin, el débil murmullo de sus voces familiares fue creciendo hasta convertirse en palabras claras y comprensibles.

—Nora, ¿me oyes? —preguntó el abuelo, sonriendo, aunque su voz era firme, como si me diera instrucciones en lugar de preguntarme—. Ah, sí, me oyes. Ahora ya está bien —dijo a Alicia, y luego rió nerviosamente como cuando la abuela le pillaba contando alguna mentirijilla.

El abuelo permitió a Alicia que se acercara siempre que me dejara espacio para respirar. Yo quería volverme hacia ella para sonreírle y decirle que estaba bien, igual que cuando me caía con los patines, pero apenas podía moverme.

—Casi te ahogas, Nora —dijo Alicia, asombrada.

El abuelo volvió a acercarse más y los dos gotearon sobre mí, obligándome a pestañear.

—Bueno, Alicia, eso no es cierto —dijo él—. Yo la vigilaba en todo momento. No podía ahogarse de ninguna de las maneras.

—Pero ha hecho así con la mano, abuelo —dijo Alicia, levantando la mano hacia el cielo como una garra aferrándose al aire—. Y tenía una expresión horrible en la cara.

—No has corrido ningún peligro, Norita. Yo nunca hubiera dejado que te pasara nada.

Traté de asentir y noté que mi cabeza se movía en la arena, pero aquel pequeño vaivén hizo que sus caras empezaran a dar vueltas y tuve que cerrar los ojos para que se me asentara el estómago, que parecía como si aún estuviera hundiéndome en el fondo del mar.

Al cabo de unos minutos, me sentía mucho mejor y pude sentarme y mirar en torno a mí. El mundo seguía tal como lo había dejado, sólo que el abuelo y Alicia me observaban como si acabara de salir del cascarón de un huevo o me hubieran crecido cuernos en la cabeza.

El abuelo pidió a Alicia que me trajera de la casa un refresco de cola helada, y cuando lo trajo me lo bebí entero. Pronto pude levantarme y volvimos paseando, cogiéndonos de la mano como al llegar. El abuelo nos recordó que la abuela nos había prometido un pedazo de su delicioso pastel de ron para después del baño.

—Por cierto, no hay necesidad de contarle a vuestra abuela lo que ha ocurrido hoy —nos dijo—. Sólo conseguiríamos que se pusiera muy nerviosa y se preocupara sin motivo.

No necesitábamos que nos convenciera de la necesidad de guardar el secreto. Podíamos predecir con toda certeza la reacción de nuestra abuela y conocíamos bien cuál era su forma de preocuparse. Era del tipo que hacía que el mundo se detuviera hasta que se disipaba el problema. Y solía realizar complejas promesas a santos diversos por las que se cortaba las uñas y las pestañas o no volvía a pintarse los labios nunca más. Tal vez en aquella ocasión nos cortarían las pestañas a nosotras y no podíamos arriesgarnos a que no nos dejaran pintarnos los labios en la vida, teniendo ya elegido el color para cuando tuviéramos la edad. Como mínimo, nos prohibiría para siempre que fuéramos a nadar con el abuelo; de eso estábamos seguras.

## 2

Para mí, era un misterio cómo las monjas del colegio El Ángel de la Guarda en La Habana conseguían andar sin hacer el menor ruido. Una de ellas podía acercarse sigilosamente de pronto por tu espalda y tú no te enterabas hasta que ya era demasiado tarde. No teníamos gran cosa que ocultar, en realidad, y no había muchos líos en los que meterse, salvo cuando a una de las chicas mayores la pillaban con los labios pintados. Las monjas se la llevaban al cuarto de baño directamente para lavarle la cara, y durante una semana entera parecía que tenía la cara más roja que el pintalabios. Hasta ahí llegaban nuestros pecados.

No obstante, entrábamos en fila en la capilla cada mañana a las diez en punto para confesar nuestros pecados y rezar para que fueran perdonados. A la mayoría de las chicas les disgustaba la hora de la capilla y yo fingía que sentía lo mismo, pero en realidad era mi momento favorito del día. Me encantaba ver el dulce incienso formando nubes dispersas que se elevaban entre los multicolores haces de luz del sol que se filtraba por los altos vitrales. Cientos de velitas blancas vacilaban a los pies desnudos de los santos, y su cera goteaba como encaje líquido al elevar sus humeantes mensajes al cielo. Todas las monjas, incluso las más rápidas con ojos de águila, mantenían la cabeza inclinada mientras susurraban las plegarias con firme decisión, moviendo apenas los labios en rápidos espasmos de palabras a medio formar.

Me fascinaban en especial las imágenes del vía crucis talladas en piedra blanca que colgaban sobre los confesionarios. Contemplé la representación de Jesús colgado con los brazos abiertos y la

mirada elevada al cielo, pidiendo a Dios el perdón para todos los pecadores. Pensé en la abuela y sus promesas. ¿Estaría mal que pidiera a Jesús que me ayudara a aprender a nadar? Tal vez, si le hacía una promesa en aquel mismo momento, Él lo arreglaría de tal forma que pudiera ir a la playa cada día y practicar. Podía prometerle que me cortarían el pelo como un chico y que le daría mis patines nuevos a Marta. Podía prometerle que no volvería a hacer preguntas a Beba sobre los santos africanos, pero ¿no sería eso exigirme demasiado? Nuestra criada Beba era la persona más interesante que conocía. Era tan alta como papi y con los hombros igual de anchos, tenía una profunda voz de tonalidad dorada y una risa que inducía al sol a brillar con más fuerza. Contaba historias asombrosas sobre los negros que vivían en el país y adoraban a espíritus africanos como Ochun y Yemaya. Por su religión, vestía siempre de blanco: vestido blanco, zapatos blancos, medias blancas, incluso pañuelo blanco. Mami le dijo que podía vestirse así siempre que no llevara a casa nada que estuviera relacionado con la santería. La idea de no volver a hablar con Beba sobre lo que ella más amaba hizo que se me saltaran las lágrimas. Y cuando me las sequé, vi a sor Margarita mirándome desde el otro lado de la capilla. Inmediatamente agaché la cabeza. Estaba totalmente prohibido interrumpir la plegaria.

Sor Margarita era una de las monjas más importantes y temidas del colegio y raramente tenía tiempo para hablar con una pupila en particular, por lo que solía dirigirse a todas nosotras en asamblea. Pero, cuando salíamos en fila de la capilla, me tocó en el hombro y me condujo a un pequeño vestíbulo lejos de las demás.

Me miró en la penumbra con su rostro redondo y arrugado. Tenía un aspecto tan sagrado y frágil como la vieja Biblia que guardaban en una vitrina de la biblioteca. Un haz de luz penetraba por la puerta entornada, iluminando el fino vello oscuro que crecía sobre su labio superior. Sonreía, cuando debería estar a punto de reprenderme por mi mal comportamiento. Me preparé para lo peor.

—¿Por qué llorabas durante las plegarias, Nora? —Me sorprendió que supiera mi nombre.

Podía recitarle el padrenuestro, el avemaría, el acto de contrición, y enumerar los diez mandamientos y las estaciones de la cruz sin pestañear. Si me hubiera preguntado alguna de aquellas cosas, le habría contestado tranquilamente, pero ¿cómo decirle que me ponía triste no poder preguntarle a nuestra criada cosas sobre la santería?

Le dije lo único que se me ocurrió, lo único que podía salvarnos a mí y a mi familia de la deshonra de la expulsión, que sin duda sería la consecuencia de mi respuesta.

—Estaba triste por lo que le ocurrió a Jesús. Debió de dolerle muchísimo cuando le clavaron los clavos en las manos. —La cara me ardía y pensé que me iba a echar a llorar otra vez.

Sor Margarita sonrió con expresión de complicidad, como si fuera exactamente la respuesta que esperaba. Se inclinó más hacia mí hasta que su negro hábito me rozó la mejilla.

—¿Sabes? —susurró, y su aliento me olió a anís—. Recibimos la llamada de muchas formas distintas. Percibo que quizá te espere la vida religiosa en el futuro. ¿Has pensado en eso alguna vez?

—¿En la vida religiosa?

—Sí, Nora —dijo ella, asintiendo solemnemente—. ¿Has pensado alguna vez en ser monja?

El corazón me latía tan deprisa que pensé que tendría un ataque. ¿Existía la posibilidad de que sor Margarita me secuestrara y me encerrara en alguna cámara secreta donde me forzaran a firmar un contrato celestial de por vida? ¿Y cómo se convertía en monja una niña? En realidad no lo había pensado nunca, aunque había estado rodeada de monjas toda mi vida. Sin duda era así cómo se hacía, allí mismo, en aquel mismo instante.

—¿Has oído mi pregunta?

—Sí, sor Margarita.

—Yo tenía más o menos tu misma edad cuando recibí la llamada y también a mí me asustó un poco.

—Sí, sor Margarita.

—Creo que hablaré con tus padres. —Sacó las manos, que escondía siempre bajo los hábitos, y las puso sobre mis hombros—. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Me planté con firmeza para soportar el peso de sus manos y respiré hondo.

—Sí, sor Margarita.

★

Estaba tumbada en mi cama mirando el techo fijamente. Mis padres eran católicos devotos. Íbamos a misa cada domingo, incluso cuando llovía y soplaba una tormenta huracanada que sacudía los cristales de las ventanas. Mi madre se parecía incluso a la Virgen María, con su velo de encaje negro que le caía sobre los hombros, cuando encendía las velas con un largo y fino palito. Yo sabía que rezaba por Marta, por mí y por todas las personas a las que amaba, y me dejaba encender una o dos velitas a mí sola. Seguíamos todos los preceptos católicos, como el de no comer carne los viernes o el de santiguarnos al pasar por delante de una iglesia. Y papi y mami siempre estaban de acuerdo con las monjas. Cuando ellas dijeron que yo debía recibir lecciones de piano, ellos estuvieron de acuerdo. Cuando ellas dijeron que necesitaba clases particulares de matemáticas, ellos estuvieron de acuerdo.

Una vida santa... ¿qué significaba eso? No podría ir a la playa nunca más ni aprender a bajar patinando por una colina sin caerme. No llevaría nunca pintalabios ni zapatos de tacón con medias finas. Tendría que caminar por corredores oscuros con las manos escondidas y la cabeza inclinada, rezando constantemente mientras aprendía a caminar sin hacer ruido. Y me bañaría en la oscuridad para no ver mi cuerpo por accidente, porque todo el mundo sabía que a las monjas no se les permitía ver a nadie desnudo, ni siquiera a ellas mismas.

Llamaron a mi puerta con suavidad. Sabía que era Beba preguntándose por qué no le había pedido aún que me preparara la merienda.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre hoy?

—No. No me encuentro bien.

—Ya lo he oído —dijo Beba, abriendo la puerta y entornando los ojos con expresión cómica—. Tu madre dice que esta mañana fingías para no ir al colegio.

Me di la vuelta. A Beba le resultaba fácil hacerme sonreír. Sólo tenía que mirarme un rato con fingida seriedad. Le funcionaba siempre, pero toda tentación de sonreír se desvanecía al recordar mi dilema.

—Muy bien. Veamos si tienes fiebre. —Me puso su ancha mano sobre la frente y yo cerré los ojos, reconfortada por su tacto. Todo parecía mejor cuando Beba estaba cerca. No se tomaba nada muy en serio, y su solución para la mayoría de los problemas consistía en unas buenas risas acompañadas por algo dulce y delicioso para comer. Las únicas cosas que Beba se tomaba en serio eran su religión y la política. Cuando hablaba sobre Batista ponía los ojos en blanco y yo temía que se le hubieran perdido en algún rincón del cerebro. Le odiaba de veras y no le importaba que la oyeran decirlo. Por suerte para ella y para nosotros, no había ningún partidario de Batista en nuestra casa.

Apartó la mano de mi frente y la apoyó en su ancha cadera.

—Bueno, fiebre no tienes. De todas formas, te haré una infusión. Quizá entonces comas un poco.

Beba se fue y yo me aferré a la almohada. Cuando me hiciera monja, Beba ya no estaría a mi lado para hacerme una infusión o tomarme la temperatura. Las monjas tenían que hacérselo todo ellas mismas.

Papi llegó de trabajar a la hora de costumbre, pasadas las siete. Se sentó en su butaca con el periódico de la tarde hasta que mami nos llamó para la cena. Yo sabía que a veces papi no era tan amable como mami, y existía la pequeña posibilidad de que no estuviera de acuerdo en que yo me hiciera monja, si sor Margarita hablaba con él a solas. Pero papi y mami no solían ir solos a ninguna parte y sin duda él estaría de acuerdo con lo que dijera mami, porque la quería muchísimo y no soportaba verla alterada ni un solo instante. Le decía que era guapa a cada momento y bajaba corriendo a comprar zumo de caña de azúcar o guayaba fresca siempre que oía las campanillas y las voces de los vendedores ambulantes. Ella sólo tenía que agitar las pestañas y él saltaba de su butaca y corría al ascensor antes de que los vendedores desaparecieran calle abajo.

Incluso le dijo que estaba guapa el día que mami se probó el bañador de lunares de dos piezas. Las dio tanto de sí que temí que se rompieran como si fueran gomas. Cuando por fin consiguió ponérselo, tenía las mejillas rojas del esfuerzo. Marta soltó una risita y yo la miré horrorizada y le supliqué que no se lo enseñara a papi.

—¿Y por qué no iba a enseñárselo a tu padre? He tenido dos hijas con él.

—Porque no tienes el mismo aspecto que esas señoras de la tele, mami. A lo mejor después ya no te quiere.

Mami no hizo caso de mi advertencia y siguió examinando su cuerpo blanco y regordete en el espejo. Parecía una masa de pan que hubiera rebosado del molde. La cogí de la mano para apartarla del espejo y llevarla a la cama donde había dejado su vestido. No me cabía la menor duda de que su mejor atributo físico era su preciosa cara de grandes ojos negros y largas pestañas que se rizaban justo en las puntas como delicados abanicos.

—Vuelve a ponerte el vestido, mami. Estás muy guapa con él.

—No seas tonta —dijo ella y se soltó de mi mano. Luego fue contoneándose a la sala de estar, donde papi leía el periódico. Marta y yo la seguimos.

—Bueno —dijo mami con voz seductora, posando como una belleza en bañador—. ¿Qué te parece?

Papi abrió mucho los ojos y dejó que el periódico se le cayera al suelo de cualquier manera.

—Eres un ángel, Regina. Un hermoso ángel.

—No soy exactamente la misma jovencita con la que te casaste. Me temo que las dos niñas me han cambiado la figura un poquito.

—Estás más guapa que nunca, mi amor.

Marta y yo nos miramos con incredulidad. Aquélla era una nueva confirmación de los increíbles poderes de mami. No tenía más que mirarme con sus ojos penetrantes para saber lo que estaba pensando, sobre todo si era algo malo. Y sólo tenía que guiñarle el ojo a papi y sonreír un poco para obligarle a pensar lo que ella quisiera. Las únicas personas que tenían más poder que mami eran las monjas; ése era el problema.

Así que me paseé por delante de mi padre esperando que se fijara en mí. Él bajó el periódico y me indicó que me acercara para que me plantara un sonoro beso en la frente.

—¿Cómo está mi niña?

—Bien, papi.

—¿Volverá pronto tu madre?

—Sí, ha ido a ver a la tía María, pero volverá pronto.

Mi padre retomó la lectura del periódico y yo me apoyé en el respaldo de su butaca y observé su reluciente pelo negro y sus zapatos igual de brillantes. Bajo el puño de su blanca camisa asomaba el reloj de oro que mami le había regalado la Navidad anterior.

—¿Papi? —le dije, rodeando la butaca para encararme con él.

Él emitió un gruñido sin apartar la vista del periódico.

—¿Tú crees que los curas y las monjas siempre tienen razón?

—No estoy seguro de lo que quieres decir, Nora. ¿Si tienen razón sobre qué?

—Ya sabes, sobre lo que has de hacer en la vida, por ejemplo.

Papi bajó el periódico otra vez, intrigado.

—Una pregunta interesante. Ahora que lo mencionas, creo que es para eso exactamente para lo que están, para ayudarnos a llevar una vida mejor. La respuesta es sí, ellos saben lo que debemos hacer en la vida, desde luego.

★

Estuve esquivando a sor Margarita durante el resto de la semana, pero allá donde fuera, parecía que sus serios ojos marrones me perseguían y trataban de pillarme en otro momento de misterioso entendimiento. En la capilla, bajaba la cabeza más que nadie y movía los labios rápidamente en una plegaria constante. Si un resplandeciente arco iris de luz me hubiera barrido del banco, yo no habría pestañeado siquiera. Si las imágenes del vía crucis hubieran cobrado vida, bailando y cantando a mi alrededor, no me habría saltado ni una sola cuenta del rosario.

Al final de la semana, empecé a sentir cierto alivio. Había pasado dos veces por delante de sor Margarita en la fila, sin que se fijara en mí. Era la directora, de modo que tenía muchos asuntos importantes que atender antes que mi conversión a una vida santa. Me convencí de que el asunto estaba olvidado y, para el viernes, ya había recobrado el apetito.

—Parece que ya estás mucho mejor —dijo Beba al servirme una nueva ración de pasta de guayaba con queso fresco. ¿Y cómo no? Había recuperado mi vida. Alicia y yo podíamos soñar de nuevo con convertirnos en coristas con plumas en los cabellos y largas capas. Todo volvía a ser posible.